



EL LADRÓN DE CÉNTIMOS

Christophe Paul

B

El ladrón de céntimos

CHRISTOPHE PAUL

Titulo original: *Le voleur de centimes*
Traducción : Véronique Conesa
© Christophe Paul 2012

Diseño de la cubierta: Zinnia Clavo
1ª edición: diciembre 2012

© Ediciones CreateSpace IPP

ISBN: 978-1481133463
Depósito legal: M-8953/2012

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

*A todos los que han sufrido alguna vez la soberbia, la codicia y las injusticias
del sistema financiero*

PERSONAJES

Henri Pichon	Protagonista
Odette Lambert	Tía de Henri
Maurice Lambert	Tío de Henri
Jean-Philippe Maillard	Director informático del banco
Natasha (Tash) de La Valette	Hija de Jean-Philippe
Pierre Gabriel de La Valette	Marido de Natasha
Marcel	Camarero del Relais de la Butte
Etienne	El niño de la bicicleta
Yvette	Madre de Etienne
Monsieur Bernard	Panadero del Fournil du Village
Madame Bernard	Mujer de monsieur Bernard
Valérie	La chica del scooter
Naël	Novio de Valérie
Morgane Duchène	Dir. de Riesgos, Amante de Maillard
Herbert Lenoir	Investigador privado
Silvano Garibaldi	Experto informático
Olivier Loiseau	Inspector policía

1

Mientras el agua se deslizaba suavemente sobre la superficie de su cuerpo para luego escaparse sin prisa en un remolino enjabonado por el desagüe de la ducha, Henri Pichon contemplaba desde el pequeño tragaluz del cuarto de baño, los tejados de Montmartre que libraban su último combate con las sombras de la noche.

Las campanas de Saint Jean de Montmartre lo sacaron de sus ensueños. Las siete de la mañana, hora de volver a la realidad.

Cerró el grifo con un movimiento rápido de la muñeca, apartó la cortina de plástico transparente estampada de margaritas amarillas, teniendo mucho cuidado de no derramar una sola gota en el suelo, y abandonó con mucho cuidado la bañera para posar sus noventa y dos kilos en la alfombra de baño. Sacudió enérgicamente su abundante pelo apelmazado por el agua y miró su reflejo en el espejo, buscando algún indicio de lo que había sido pocos años atrás. Como siempre, pensó que tenía que hacer algo y quitarse ese sobrepeso, hacía poco que había pasado los cuarenta, todavía estaba a tiempo de recuperar la situación.

Nunca había entendido por qué su tía, la hermana de su madre, había preferido instalar una bañera de poco más de un metro en vez de una ducha; de hecho ella nunca la había usado como tal. Al parecer en aquella época era símbolo de bienestar social y prosperidad.

Ahora que ella ya no estaba tenía que hacer algo...

Llevaba algunos años pensando en ello sin hacer nada; también tendría que remodelar la cocina, pintar el dormitorio principal, tirar el tabique

de su antigua habitación para agrandar el modesto salón. Y por qué no, eliminar el pequeño y escueto recibidor, levantar el viejo y chirrioso parquet y reemplazarlo por uno moderno y clarito, así como las ventanas cuyos cristales deformaban la realidad y nunca acababan de cerrar del todo, convirtiendo la casa en un huracán al menor síntoma de viento; sin olvidarse de los muebles oscuros de tantas capas de cera acumuladas...

Incluso había dibujado algunos planos...

La casa tenía más de un siglo y era innegable que todo estaba allí desde el origen... Los únicos detalles con los que se quedaría serían las magníficas molduras, situadas a más de tres metros del suelo y las dos ostentosas aunque pequeñas chimeneas en las que se añoraba el calor de otros tiempos. El edificio se levantaba en una esquina de la plaza Emile Goudeau, antigua place Ravignan frente al famoso Bateau Lavoir¹, lugar en el que se reunían pintores y escritores a comienzos del siglo XX.

Montmartre, había pasado de ser un barrio muy modesto, a ostentar hoy en día el título de uno de los emplazamientos más caros y codiciados de París.

Estaba listo. Esta vez el espejo le devolvió el reflejo de un hombre elegante, de respetable estatura, vestido de sport, con un pantalón de tela claro, y un jersey de algodón beige sobre un polo del mismo color. Cuando se estiraba casi no se notaba su sobrepeso, incluso podía parecer esbelto. Y desde luego, aparentaba menos de cuarenta, sobre todo con ese pelo castaño y rebelde, sin una sola cana.

Con este agradable sentimiento positivo que siempre le caracterizaba, Henri recogió su cazadora de tela del respaldo del sofá y salió.

¹ El **Bateau-Lavoir** es un inmueble situado en el barrio de Montmartre, en el distrito 18 de París. Es sobre todo conocido por haber sido, a principios del siglo XX, lugar de residencia y de reunión de numerosos pintores y escritores. Conocido al principio como La casa del trampero, fue rebautizado por Pablo Picasso y sus compañeros en 1904 como Bateau-Lavoir (barco-lavadero) porque su estructura de madera recordaba a los barcos amarrados a las orillas del Sena, utilizados como lavaderos.

Entre las muchas personas que solían frecuentar el lugar estaban Henri Matisse, Georges Braque, Fernand Léger, André Derain, Raoul Dufy, Maurice Utrillo, Jean Metzinger, Louis Marcoussis, Guillaume Apollinaire, Alfred Jarry, Jean Cocteau, Raymond Radiguet, Gertrude Stein, Charles Dullin, Harry Baur, Ambroise Vollard, etc.

Cerró con cuidado el antediluviano y estrepitoso cerrojo de la puerta y bajó rápidamente por los escalones de madera curtida, cubiertos de una raída alfombra roja, los cuatro pisos que le separaban de la calle.

Le recibió el aire fresco del exterior. Eran las siete y diez de la mañana del último domingo de primavera. El denso follaje de los árboles dejaba los adoquines de la plaza desierta en la penumbra, el sol apenas despuntaba por el este. El cielo estaba despejado, el día prometía ser agradable. Henri sonrió pensando que iba a ser uno de esos bonitos días parisinos con una luz brillante que realza la grandiosidad de la arquitectura de la ciudad y las sonrisas en las caras. Los turistas todavía no habían salido a la aventura.

Respiró hondo, atravesó la plaza con sus bancos verdes vacíos y bajó resuelto los diez peldaños de piedra que conducían a la explanada que bordeaba la rue des Trois Frères en el momento en que Marcel, el camareero del restaurante Le Relais de la Butte salía de la panadería-pastelería de la esquina, cargado de cruasanes y otras bollerías pecaminosas, para los desayunos. La terraza ya estaba instalada y dispuesta para la jornada; era el único cliente.

—*Bonjour Marcel* —dijo Henri.

—*Bonjour Monsieur Henri ; comme d'habitude?*

—*Comme d'habitude, merci !¹*

Marcel tenía edad sobrada para jubilarse pero no podía con la idea de verse encerrado las veinticuatro horas del día entre cuatro paredes con su esposa Armande y sus continuos cotilleos y parloteos. Conocía a Henri desde que éste era pequeño. Recordaba su llegada al barrio para vivir con sus tíos Odette y Maurice Lambert, después de los horribles sucesos de los que hablaron todos los periódicos del país, hacía ya más de treinta años.

¹ —Buenos días Marcel.

—Buenos días, Señor Henri, ¿lo de siempre?

—¡lo de siempre, gracias!

El matrimonio Lambert no tenía hijos así que volcaron todo su afecto y protección en el niño.

Henri se sentó en su lugar habitual, en la esquina exterior de la terraza. En una de las mesitas de bistrot redondas cercadas de latón, con clásicas sillas a juego. Se sentó mirando hacia París que amanecía y aparecía poco a poco.

En este lugar, la rue Ravignan que se abría ante él en prolongación de la explanada, se ensanchaba y bajaba hacia el Sena dejando una apertura que permitía ver hasta la cúpula dorada de *Les Invalides*¹ donde se encontraba la tumba de Napoleón Bonaparte.

Henri trabajaba todos los días del año. Unas veces de noche, otras de día. Era informático en uno de los principales bancos franceses. No tenía diploma. En aquella época la carrera de informática no existía. Había que entrar en el departamento informático de una empresa y aprender todo desde cero. Una vez allí los proveedores de ordenadores impartían cursos técnicos en acuerdo con las empresas, para que su personal tuviese cierta autonomía. Desde ingenieros de sistemas hasta informáticos de gestión.

Al finalizar brillantemente el bachillerato, Henri había entrado a engrosar el batallón de la informática bancaria, de la mano de su tío, Maurice Lambert.

Maurice Lambert era un veterano de la informática. Había estudiado ingeniería electrónica en Estados Unidos y trabajado en IBM, para regresar más tarde a Francia captado por el joven y recién estrenado director del servicio informático de un gran banco francés: Jean-Philippe Maillard. Un director que no había cumplido con sus promesas hacia Lambert, ni le

¹ El **Palacio Nacional de los Inválidos** es un complejo arquitectónico del siglo XVII (1671-1676), situado en el séptimo distrito de París. Nacido originariamente como residencia real para soldados y militares franceses retirados, lisiados o ancianos, hoy alberga diversas instalaciones museísticas y religiosas. En 1840, los restos de Napoleón Bonaparte fueron trasladados allí. Desde 1940, el mausoleo imperial contiene también los restos de su hijo Napoleón II. También se conservan allí los restos del hermano de Napoleón José I de España, así como los de varios mariscales.

había facilitado la existencia cuando el cáncer se cruzó en su camino y se lo llevó repentinamente. Un director que seguía en su puesto a pocos años de la jubilación, y que veía normal que personas como Henri Pichon trabajasen todos los días del año.

Un hecho del que Henri no se quejaba, puesto que le permitía trabajar a su ritmo y a sus horas, horas en las que nadie venía a ver qué hacía.

Antes de desaparecer de este mundo, Maurice Lambert había tenido tiempo suficiente para inculcarle gran parte de su saber y algunas cosas más.

El olor a café y bollería se adelantó a Marcel que llevaba en su bandeja un café con leche humeante acompañado de los cruasanes recién traídos de la pastelería. Lo depositó todo cuidadosamente sobre la mesita.

—*C'est bientôt l'heure!*¹ —dijo Marcel antes de retirarse discretamente con la bandeja vacía debajo del brazo.

Henri asintió con un movimiento de cabeza, la mirada soñadora fija en la cúpula de *Les Invalides*. Eran las siete y cuarto y los primeros rayos de sol sobrepasaban los tejados por el este, iluminando poco a poco el oro de la cúpula.

Solamente perturbado por el molesto sonido lejano de una motocicleta.

¹ —¡Ya es casi la hora!

2

—Etienne cariño, son las siete, acaban de repicar las campanas de Saint Jean, ¿estás listo?

—Sí mamá.

—¿Te has lavado la cara y te has peinado?

—Sí mamá.

—Ven aquí que te vea y dame un beso.

El muchacho entró como un torbellino en la cocina y le dio un sonoro beso a su madre que se quedó mirándolo con cariño y admiración.

—Pero qué grande estás. ¡Has crecido otra vez esta noche! Como sigas así tendremos que cambiar todas las puertas de la casa.

—Mamáaaa... —dijo Etienne con voz cansina.

—¡Hala!, coge tu bicicleta y vete corriendo a por los cruasanes mientras yo despierto a tu hermanita. Cuando vuelvas desayunamos y enseguida nos vamos a ver a la abuela.

Y viendo cómo el niño salía volando añadió:

—Ve despacio y no bajes por las escaleras, recuerda la última caída...

Pero ya había sonado el portazo. Se encogió de hombros negando con la cabeza de impotencia, dirigiéndose hacia la habitación de los niños. Etienne era un simpático trasto de diez años que sabía hacerse querer.

Etienne salió corriendo de la portería en la que vivía con su madre y su hermana, abrió la puerta del cuarto de las escobas del patio y sacó su flamante bicicleta azul. Se la habían regalado sus padres para su cumpleaños, algunos meses atrás. La antigua no había resistido la última caída por

las escaleras de Montmartre. La culpa la tenía ella por haberse quedado pequeña y que le chocasen las rodillas con el manillar. No era de extrañar que perdiese el control y que los dos hubieran acabado enmarañados en el suelo. Afortunadamente un abuelo que acompañaba a su perro en su paseo, asistió a la catástrofe y pudo avisar a los bomberos para que los separasen. El asunto se saldó con un esguince y algunos raspones y hematomas.

Ahora, con la nueva bicicleta, no había escalera en Montmartre que se le resistiera, sobre todo a esta hora de la mañana, cuando todavía no habían salido los turistas.

Cruzó con cuidado la pequeña reja de la finca que daba a la rue Girardon, no había coches, ni alma viviente. Fue por la izquierda haciendo fuerza en los pedales para atacar la pequeña cuesta. A los pocos metros, llegando a la plaza Marcel Aymé, giró de nuevo a la izquierda por la rue Norvins y dejando atrás el Passe Muraille¹, se puso de pie en los pedales para salvar la pendiente que se hacía cada vez más fuerte. Por fin llegó arriba de la cuesta avistando la panadería de monsieur Bernard, Le Fournil du Village, los mejores cruasanes de Montmartre según su madre.

Pero a Etienne le gustaban más los cruasanes de la rue des Trois Frères. No porque fueran mejores, sino porque representaban dos tramos de escaleras en bajada, uno de ellos muy empinado y estrecho, de los que no dejan margen al error. Pero primero tenía que entrar en la panadería de monsieur Bernard, si su madre se enteraba que no lo había hecho estaría castigado una semana como mínimo.

Así que después de haber apoyado con mucho cuidado su maravillosa

¹ Le **Passe Muraille**. El Pasa Murallas, es una obra de Jean Marais, actor francés y escultor realizada en 1989. Representa la figura de un hombre emergiendo de un muro. Es un homenaje al escritor Marcel Aymé y su renombrada novela el "Passe-Muraille". Marcel Aymé vivió y escribió la mayor parte de sus obras en Montmartre.

En la novela, Dutilleul, oficinista del Registro que vive en Montmartre, descubre que tiene el don de atravesar las paredes. Primero aprovecha para vengarse de las humillaciones de sus compañeros de oficina, luego para robar y hacerse rico, hasta que es apresado. Como buen Pasa Murallas se evade y se enamora de una hermosa mujer casada que ve a escondidas de su marido gracias a su don. Pero finalmente un día el don desaparece y queda definitivamente cuajado dentro de una muralla, calle Norvins... Se dice que si tocas la mano izquierda de la escultura, adquirirás el don de Dutilleul

bicicleta en la vitrina del Fournil du Village para tenerla a la vista en todo momento, entró rezando para que la hornada de cruasanes no estuviese lista, o que se hubiesen acabado.

—Bonjour! —le dijo madame Bernard al verlo, con una enorme sonrisa, sin dejar de ordenar el mostrador.

—Bonjour madame Bernard —contestó Etienne mirando en la vitrina en busca de los cruasanes, deseando ver que no los veía.

Madame Bernard no llevaba el apellido Bernard, de hecho monsieur Bernard tampoco. Monsieur Bernard se llamaba así por ser su nombre de pila y madame Bernard por ser su mujer, o por simpatía; cosa que Etienne no discernía todavía muy bien y que ocasionaba más de una larga y confusa discusión en casa, siempre en los momentos más inadecuados.

Le Fournil du Village era un vestigio del pasado, un lugar agradable y apacible, tenía unas cuantas mesas donde la clientela podía sentarse a tomar un café o un sándwich o una ensalada... Pero a estas horas del domingo estaba vacío.

—¿Querías unos cruasanes? —preguntó madame Bernard con una mueca de buen presagio.

—Sí, seis por favor.

—Aún queda un cuarto de hora para la próxima hornada...

Ante la expresión de felicidad del niño, que no supo bien cómo interpretar, se sintió obligada a decir:

—Puedes bajar a la pastelería des Trois Frères, a lo mejor tienes suerte, con la bicicleta no tardarás nada.

—Muchas gracias, madame Bernard, eso voy a hacer, ¡au revoir! —contestó el muchacho mientras salía escopetado, con una sonrisa de oreja a oreja.

Madame Bernard se quedó con la palabra en la boca y se encogió de hombros; demasiado tarde para decirle adiós, ya había tintineado la campanita de la puerta. Los niños eran así. Este por lo menos era educado.

Etienne saltó sobre la bicicleta calle abajo, directamente hacia la place Jean Batiste Clément; una vez allí, en vez de bajar por la rue Lepic,

atajó y se lanzó sin frenar por las empinadas escaleras de la rue de la Miré, con la buena providencia de que ningún peatón, perro o gato estuviese en el paso.

—¡Bien! exclamó el niño al llegar abajo sano y salvo.

Y prosiguió su vertiginosa bajada hacia la pastelería de la rue des Trois Frères, esquina con el tramo ancho de la rue Ravignan, desde donde se abría una fantástica vista de París.

Instantes después avistaba la place Emile Goudeau.

La farmacia de la esquina debía de estar de guardia porque el farmacéutico que estaba fuera fumando, con su bata blanca, le gritó:

—¿Dónde vas tan rápido?, te vas a romper los huesos...

Pero Etienne tenía cosas más urgentes que atender, como por ejemplo salvar los pivotes de piedra que protegían la plaza, los árboles, la fuente Wallace¹, los bancos verdes, para llegar al fin sin haber perdido velocidad a su segundo objetivo: bajar de un salto los diez peldaños de piedra que conducían a la explanada que bordeaba la rue des Trois Frères, y luego frenar derrapando delante de la pastelería.

La bicicleta llegó a lo alto de la escalera lanzada como un misil, todo estaba en su sitio: la explanada totalmente despejada, la pastelería abierta, las mesas de la terraza del Relais de la Butte a la izquierda perfectamente colocadas, la vista de París por la apertura de la rue Ravignan... Pero había algo nuevo para Etienne, un espectáculo fantástico e irreal que atrajo la mirada del niño de diez años: el sol parecía prender fuego al oro de la cúpula de Les Invalides.

El sonido de una motocicleta le devolvió de nuevo a la realidad.

¹ Las **fuentes Wallace** son un tipo de fuente pública, de agua potable, consideradas como uno de los símbolos de París. Su creador e impulsor fue el filántropo británico Richard Wallace hacia finales del siglo XIX.

3

Valérie estaba terminando de desayunar, soñadora y medio adormilada. Hoy era un gran día, por fin había consentido que Naël, su novio, la presentara a su familia. Llevaban dos años viviendo juntos y a pesar de algunos altibajos la cosa parecía ir adelante.

Ella provenía de una familia católica liberal. Católicos por tradición familiar, pero nadie iba a misa ni se escandalizaba cuando algún inconformista se metía con la Iglesia. ¡Que cada cual haga lo que quiera con su vida y sus creencias!

Pero por parte de Naël la situación era diferente. Su familia era judía practicante. Había tanteado el tema con poco tacto, explicando que la religión judía se transmitía por la madre, que estaba muy unido a su familia, que no quería hacerlos sufrir. Pero Valérie no quería pasar por el aro, ni católico, ni judío, y se rebelaba como una buena guerrera. Sólo admitiría un matrimonio civil.

Había accedido a conocer a la familia de Naël, cansada de tanto acoso, y porque sus padres le habían dicho que no la comprometía a nada y así apaciguaba el ambiente en la familia política.

No sabía qué iba a pasar, Naël le había hablado mucho de ellos, de cómo eran, de lo que era conveniente decir o no decir, qué temas eran tabú. De hecho, él se había ido el viernes después del trabajo directamente a casa de sus padres para preparar el terreno y ella tomaba el TGV¹ de las 8:45 para Lyon. Volverían juntos esta noche después de pasar el día con ellos.

Las campanas de Saint Jean de Montmartre la trajeron de vuelta a la

¹ TGV Tren de alta velocidad, 2h París Lyon. 17

realidad.

“Mierda, las siete, si pierdo el tren se va a montar la de Dios, menos mal que tengo la maleta hecha y el billete comprado” pensó Valérie apurando su taza de té. Pasó corriendo al cuarto de baño.

Cinco minutos más tarde estaba en la puerta del ascensor maleta en mano. Se maquillaría un poco en el tren. Pero muy poco, porque a los padres de Naël no les gustaban las jóvenes demasiado maquilladas. Menos mal que Lyon quedaba lejos.

Cinco minutos más y estaba quitando el candado de su scooter, lo dejaría en el parking de motos delante de la estación.

Instantes más tarde un bólido rojo y ruidoso conducido por una Valérie a falta de tiempo para coger el tren, surcaba la rue des Trois Frères con el estruendo habitual.

Ralentizó imperceptiblemente al cruzar la rue Ravignan por si venía algún vehículo, cosa poco probable un domingo a estas horas.

Su mirada fue capturada una fracción de segundo por el resplandor de los rayos del sol en la cúpula cubierta de oro de Les Invalides. “¡Qué grandioso es París!” pensó volviendo a su conducción.

4

Henri Pichon arrancó medio cruasán de un mordisco. Qué delicia, tenía que pensar seriamente en ponerse a régimen. No podía seguir así. Desde que su tía había fallecido y había heredado la casa, y un poco de dinero ahorrado de lo que él le daba de su paga para mejorar la pequeña pensión del estado, Henri había vuelto a casa y no hacía otra cosa que trabajar, comer, leer y dar algún paseo que otro por Montmartre. Era como estar en un pueblo sin sus inconvenientes.

Se había independizado de sus tíos a los pocos meses de empezar a trabajar. Cuando enterraron a Maurice, se ocupó mucho de su tía Odette. Se había mudado varias veces pero siempre dentro de París. Nunca había comprado una casa porque su sueldo no se lo permitía. Novias, había tenido muchas, con una de ellas, la última, llegó a vivir siete años, era bastante más joven que él y no quería hijos de momento. Cuando al fin se quedó embarazada, fue gracias al vecino del rellano con el que mantenía una “relación estable” desde hacía varios años. Esto coincidió con la muerte de su tía Odette y decidió mudarse a Montmartre, solo.

Miraba absorto el estallido de luz dorada que prendía la cúpula de Les Invalides. Había empezado por la pequeña cruz que la coronaba, bajando luego por la flecha para al fin apoderarse de la cúpula.

El fenómeno duraba unos diez minutos, diez minutos que tenían a Henri embelesado.

Levantó su taza para dar un sorbo del sabroso café y así aumentar el

estado de plenitud.

5

Etienne apartó la vista de la cúpula de Les Invalides para dar un pequeño estirón al manillar de su bicicleta y así caer sobre la rueda trasera, para amortiguar y controlar mejor el derrape final.

Una paloma traicionera escondida en el segundo escalón, despegó asustada de lo que se le venía encima, metiéndose entre sus brazos y pegándole aletazos en la cara.

Cuando la paloma consiguió librarse de semejante agresión, la bicicleta y su pequeño propietario estaban en caída libre y en una trayectoria no prevista.

Henri Pichon, antes de llegar a dar su sorbo de café y alcanzar la plenitud, recibió en la espalda sin verlo venir, todo el peso del objeto volador no identificado, proyectándolo cuatro metros por delante, en medio de la rue des Trois Frères, con silla, mesa y desayuno. Aún semi-consciente intentaba, como buen informático, analizar la situación, que le parecía muy confusa.

Una fracción de segundo más tarde un bólido rojo y atronador lanzado a toda velocidad, chocaba contra el amasijo de silla, mesa, desayuno y Pichon.

Henri renunció a encontrar una explicación a lo que le estaba pasando y perdió la consciencia, mientras Valérie aterrizaba sentada en medio de la calle sin entender qué le había pasado, y Etienne se preguntaba cómo le iba a explicar todo lo sucedido a su madre para minimizar el castigo.

La Défense¹ - Lunes

Jean-Philippe Maillard abandonó la sala de reunión contigua y entró en su inmenso despacho. Se quedó de pie delante de la gran cristalera que ocupaba toda la pared del fondo, mirando el ir y venir de la gente en la explanada de La Défense, quince pisos más abajo, mientras marcaba un número en su móvil.

Parecían hormigas, siempre le había producido un sentimiento de profunda superioridad. Desde aquí arriba se sentía endiosado.

—Tash hija, soy tu padre.

—Hola papá, ¿qué tal, dónde estás?

—En la oficina. Dime, ¿tu marido sigue interesado en trabajar en el banco?

—Claro que sí, ya sabes que no está contento con lo que hace ahora.

—Nadie le obligó a dimitir del puesto donde le enchufé hace diez años.

—Compréndelo, es normal, tú qué hubieses hecho si después de diez años de esfuerzo esperando que por fin se liberase el puesto de director, se lo dieran a un gilipollas incompetente al que siempre has cubierto para que no lo echen.

¹ **La Défense** es un moderno barrio de negocios situado al oeste de París, como prolongación del “axe historique” (eje histórico) que comienza en el Louvre y prosigue por la avenida de los Campos Elíseos, el Arco de Triunfo, y hasta el puente de Neuilly y el Arco de la Defensa o *Grande Arche*. Este distrito se compone esencialmente de rascacielos de oficinas, conectados por una inmensa explanada peatonal (*Le Parvis*) de 31 hectáreas. Los jardines colgantes y sesenta obras de arte hacen de él un verdadero museo al aire libre y un paseo muy apreciado por las personas que viven o trabajan allí. Junto con la *City* de Londres, es el distrito de negocios más importante de Europa.

—A mí no me pasan estas cosas, yo empecé como director gracias a mis estudios, mi esfuerzo y mi...

—Papá, por favor, no volvamos a empezar. ¿Qué querías decirme?

—Tengo un puesto para él. Nada importante de momento, pero me permite meterlo en plantilla.

—¿No estaba todo bloqueado?

—Caprichos del destino, uno de mis ingenieros de sistemas ha sufrido un accidente y no ha venido a trabajar ni ayer ni hoy...

—¿Ayer domingo?

—Sí, y lo vamos a echar de menos, lleva más de 20 años aquí, es el más competente. Así que dile a Pierre-Gabriel que se vaya preparando para trabajar algún fin de semana que otro. De todas maneras tendré que contratar a varias personas, para cubrir la vacante y el trabajo que realizaba.

—Y cuando vuelva tu accidentado, ¿qué pasará con Pierre-Gabriel?

—No sé si volverá, está en coma, con una conmoción importante, varias costillas rotas...

—No me cuentes los detalles que me pongo mala.

—Bueno, si volviese, no lo dejaría solo. No puedo arriesgarme a que una sola persona abarque tantas responsabilidades. Ahora mismo tenemos un problema de envergadura con la organización de las transacciones de cierre.

—Justo la especialidad de Pierre-Gabriel.

—Localízalo y mándamelo.

—Gracias papá. Ahora mismo lo llamo.

Jean Philippe Maillard colgó y se quedó un rato mirando por la cristalería. Desde su despacho podía ver casi todo el conjunto de los rascacielos de La Défense organizados a lo largo de la explanada. A la izquierda se encontraba la antigua torre Fiat con sus cuarenta y cuatro pisos, en la que empezó su carrera y su brillante trayectoria. Todavía conservaban una sala informática en el quinto piso del subsuelo, desde la que se pilotaba el

conjunto de las transacciones del banco. Allí trabajaba Henri Pichon y allí iría Pierre Gabriel de La Valette, su yerno.

No le caía bien, pertenecía a esa raza pedante de la vieja nobleza francesa en decadencia que se permitía mirar desde su altura al común de los mortales, perdonándoles su existencia, por el simple hecho de que algún día heredaría un castillo del Renacimiento en el Poitou¹. Incluso cuando hablaba con él, sentía esa arrogancia despectiva, aunque muy contenida, por el respeto que Maillard imponía a su alrededor.

De todas maneras tenía que pensar en el futuro, y en el futuro de las nuevas generaciones. Se jubilaría dentro de unos años y no sería mala inversión dejar a su yerno en una buena situación por el bienestar de su hija y de su descendencia, que dicho de paso estaba tardando un poco en llegar. Pero eran jóvenes. Tash, Natasha, tenía treinta y dos años y Pierre-Gabriel treinta y siete. Los dos trabajaban en informática, ella en gestión y el en sistemas, pero Tash se había buscado un trabajo sola, lejos de la influencia de papá, al contrario de Pierre Gabriel que se había dejado encharcar en una de las filiales del grupo bancario de su suegro.

Pichon al contrario pertenecía a esa raza extinguida de trabajadores sumisos, igual que su tío... ¿cómo se llamaba?... ah sí, Lambert, Maurice Lambert. Hacía ya tiempo que no se acordaba de Maurice. Gente que no se quejaba, Henri Pichon nunca había pedido un aumento de sueldo, se conformaba con lo que el índice salarial anual imponía. Para el trabajo que realizaba ganaba una miseria. Podría haber multiplicado por diez su salario. Algunos ingenieros de este nivel llegaban a ganar más que él mismo.

Ahora era necesario remplazarlo por dos o tres informáticos de alto nivel, esto le iba a costar una fortuna, sin contar con los problemas técnicos y de organización que pudiesen surgir.

¹ **Poitou** es una antigua provincia de Francia, cuya capital era Poitiers. Corresponde a los actuales departamentos de la Vendée, Deux-Sèvres y la Vienne, al oeste de Francia.

7

Caras preocupadas y llenas de angustia amueblaban la pequeña sala de espera de los cuidados intensivos del Hospital de la Pitié Salpêtrière de París. Entre ellas se encontraba Valérie, que se había tomado el día libre para velar al hombre que se interpuso en su camino el día anterior irrumpiendo involuntariamente en su destino.

Recordaba con horror e incompreensión los acontecimientos de la víspera. Cómo una masa de objetos entre los cuales había creído reconocer una silla, se había cruzado en su camino cuando iba a la Gare de Lyon para tomar el tren que debía sellar su futuro con Naël. Ella iba demasiado rápido para las callejuelas de Montmartre. Pero aunque hubiese circulado a una velocidad más prudente habría sido imposible evitarlo. El choque era irremediable.

Cuando consiguió volver a la realidad y ordenar sus sensaciones, se encontraba sentada en los fríos adoquines del suelo y su scooter formaba parte de aquel amasijo, aún en marcha, al ralentí, la rueda trasera girando despacio.

Un niño de unos diez años con una bicicleta tirada a sus pies, observaba la escena con los ojos muy abiertos, yendo continuamente del amasijo a ella y de ella al amasijo, donde un hombre vestido de camarero intentaba poner algo de orden.

—¿Está usted bien, señorita? —le preguntó el camarero con preocupación.

—Creo que sí, —dijo ella levantándose con esfuerzo, no porque le

doliese nada, sino por temor a que le doliese—. Lo siento, no sé lo que ha pasado...

Interrumpió su frase. El camarero después de apartar la moto había retirado una silla y una mesa, dejando aparecer el cuerpo de un hombre sin vida aparente.

—¡Dios mío! —exclamó Valérie presa de un ataque de nervios.

—Tranquilícese, sólo está inconsciente. Si tiene móvil, por favor llame usted a urgencias...

—Ya está hecho, dijo alguien.

Era la voz potente del pastelero, un hombre corpulento, con cara regordeta de niño pequeño y bigote a lo Charlie Chaplin, que se agachaba para ver si podía ayudar.

—¿Qué ha pasado, Marcel? —le preguntó al camarero.

—Una mala jugada del destino. El niño —empezó a explicar Marcel, indicando con un movimiento de la barbilla en dirección a Etienne—, el niño bajaba las escaleras con la bicicleta, cuando una paloma le ha hecho perder el control...

—¡Malditas ratas con alas! —masculló el pastelero.

—La fatalidad —prosiguió el camarero—. Perdió el control y fue a parar sobre el pobre monsieur Henri, que miraba tranquilamente los primeros rayos de sol sobre la cúpula de Les Invalides.

—Bonita última imagen antes de morir —dijo el pastelero filosóficamente.

—No está muerto, sólo inconsciente, repitió Marcel con paciencia.

—¿Y ésta? —quiso saber el pastelero, señalando a Valérie con el bigote.

—Desgraciadamente para ella, venía por la rue des Trois Frères, en el mal momento, y no pudo hacer nada.

El pastelero miró al niño y luego a la chica del scooter, pálidos como fantasmas y sentenció:

—Los dos iban demasiado rápido...

Valérie rompió a llorar y Etienne que ya no sabía qué hacer, la acom-

pañó en los sollozos.

Marcel miró al pastelero con reproche y, sin moverse de donde estaba, dijo:

—Tranquilizaos, todo ha sido mala suerte, yo lo he visto todo, no os preocupéis. Ya veréis cómo se pone bien enseguida.

Pero Henri seguía inconsciente y el lado derecho de su cabeza sangraba mucho, a pesar de que Marcel le apretaba con su servilleta.

—La ambulancia llegará enseguida y se lo llevarán a urgencias, — continuó para convencerse a sí mismo—. Señorita, ocúpese del niño y vea si puede llamar a su madre.

Pasaron los minutos, nadie hablaba, salvo el pastelero que explicaba a los contados transeúntes lo que había ocurrido.

Primero llegó una pareja de gendarmes perfectamente organizados. Uno se arrodilló cerca de Marcel para ver al herido mientras el otro preguntaba qué había sucedido.

El pastelero se lanzó en su personal relato de la escena con grandilocuencia. Marcel susurró al gendarme que se había agachado a su lado:

—Éste no ha visto nada, estaba en su pastelería sacando una hornada.

El gendarme se levantó e interrumpiendo el discurso del pastelero, le avisó:

—¿Está usted seguro de que ha visto todo lo que nos va a contar?, porque le recuerdo que esta declaración irá al juzgado y tendrá que responder de lo que haya dicho.

El gendarme se quedó mirando fijamente al pastelero, con cara de pocos amigos, hasta que éste bajó los ojos al suelo admitiendo:

—Me lo ha contado Marcel el camarero, él lo ha visto todo.

—Muy bien monsieur, le agradecemos su colaboración, pero ahora le agradecería que volviese a su negocio —seguidamente miró a su alrededor y añadió con voz de mando que no admitía discusión—: los que no tengan nada que ver en este asunto, circulen, ¡vamos circulen!

La ambulancia llegó al mismo tiempo que la madre de Etienne, que dobló en llantos cuando su madre le miró con reprobación, diciendo:

—¿Y ahora qué has hecho?

Valérie la tranquilizó relatando cómo había ocurrido, de la misma manera que Marcel, el camarero, lo había explicado. Cuando la madre de Etienne lo abrazó muy fuerte diciéndole que no pasaba nada, que no tenía la culpa y que el tal monsieur Henri se iba a poner bien enseguida, ella sintió la necesidad de que alguien hiciese lo mismo con ella.

Los enfermeros parecían muy competentes. Se llevaron a Henri en una camilla después de ponerle un collarín y una perfusión.

Marcel se quedó un rato de pie en medio de la calle mirando en la dirección en que se había ido la ambulancia. Desgarbado, los brazos colgando, con el delantal y la servilleta bañados en sangre, el alma vacía.

Uno de los gendarmes se acercó con suavidad y educación.

—Venga conmigo, vamos a sentarnos en el furgón y a tomarles declaración.

Marcel pasó delante de Valérie en el momento en que apagaba su teléfono diciendo para sí misma:

—¡Cretino!, sólo le importa su familia, que se quede con ellos. —Y rompió a llorar.

Marcel la cogió por los hombros, como lo habría hecho un padre, e intuyendo de qué se trataba, le dijo:

—A veces ciertos acontecimientos permiten ver con más claridad y objetividad algunas cosas a las que estamos acostumbrados por la rutina.

Valérie se dio cuenta de que el destino acababa de cerrar una etapa de su vida.

8

Un médico joven con bata desabrochada y cara cansada irrumpió en la salita de espera. Todos los presentes levantaron hacía él una mirada de esperanza atemorizada.

—¿Familiares de Henri Pichon?

Valérie levantó valientemente el dedo, como en el cole, bajo la mirada desesperada de los demás.

—Sígame por favor.

Salió por otra puerta, siguiéndolo silenciosa y asustada, mirando las viejas y limpias baldosas del suelo. Después de caminar un breve momento que a ella se le hizo eterno, pasaron a un pequeño despacho de paredes verdes y mobiliario de formica.

—Siéntese por favor.

Se quedó mirándola con expresión tranquilizadora, momento que Valérie aprovechó para intentar explicarse:

—En realidad no soy familiar de monsieur Pichon, lo que pasa es que...

—Me han informado. Monsieur Pichon no tiene familiares cercanos. Parece ser que la vida le ha ido despojando de todo su entorno. Visto el caso, hemos decidido excepcionalmente levantar la norma de visitas.

Viendo la sorpresa de Valérie, añadió:

—Henri Pichon tiene un TCE con cuadro grave.

Valérie puso cara de interrogación.

—Perdone, TCE es un traumatismo craneoencefálico. Henri Pichon lleva veintiocho horas en estado de coma estable. Lo hemos trasladado de la UCI a la UVI, la unidad de vigi-
lancia intensiva. Nos hemos dado

cuenta de que en estos casos hay un mayor grado de despertar cuando los enfermos están acompañados.

—Yo puedo estar disponible unos días, pero tendré que volver al trabajo.

—Comprendo, también tendrá que seguir con su vida...

—¡Mi vida! Mi vida acaba de dar un vuelco, gracias a Henri Pichon mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados. Y le garantizo que no lo digo con ironía.

—La de Henri Pichon también —dijo el médico pensativo, como una constatación.

—Lo siento mucho, yo soy partícipe de...

—Cuénteme cómo ha ocurrido.

Valérie empezó a relatar los sucesos bajo la tranquila mirada del joven médico. Un joven médico al que empezaba a mirar mientras hablaba y se tranquilizaba; tenía buena pinta. Primero el accidente, luego la llegada de la madre de Etienne, el niño, el parte de la gendarmería y acabó psicoanalizando su relación con Naël.

...

—Le colgué llamándolo cretino y después de todo el papeleo del accidente, he llamado a una amiga y hemos ido juntas a casa. He recogido toda mi ropa y mis cosas y he venido aquí a esperar.

Lo dijo todo muy seria, con la actitud de una mujer que tiene claro adonde va y lo que tiene que hacer.

—¿Lleva aquí desde ayer por la mañana? —preguntó el médico.

—No, no. Nos hemos turnado, Yvette, Marcel y yo.

Y ante la cara de desconcierto del médico aclaró:

—Yvette es la madre de Etienne, el niño que catapultó a monsieur Pichon y Marcel es el camarero del Relais de la Butte, el que lo presencié todo. Conoce a Henri Pichon desde que llegó a Montmartre para vivir con sus tíos después de la pérdida de sus padres, todavía era un niño.

—¿Y no podrían seguir turnándose algún tiempo?

—¿Cuánto tiempo cree usted que se quedará en coma?

—Es difícil saberlo con exactitud. La cabeza presenta un hematoma que se extiende desde la región frontal a la región occipital. Al notar un aumento de la presión intracraneal hemos realizado un TAC. Es un escáner... —viendo que Valérie decía que lo sabía con la cabeza, prosiguió—, tiene un edema en la zona occipital.

—¿Esto qué quiere decir?

—El edema se está resorbiendo. Puede que dentro de unos días deje de oprimir el cerebro y despierte. También puede despertar antes de la resorción completa. O...

—¿O?

—O puede empeorar y complicarse. Pero no es lo habitual en el cuadro que presenta.

—Y cuando se despierte ¿qué pasará?

—Los traumas suelen deberse a heridas penetrantes en el cráneo o a la aceleración o desaceleración rápida del cerebro que lesiona los tejidos en el punto de impacto y en el polo opuesto por el contragolpe, y también a veces ligeramente en el interior de los lóbulos frontales y temporales. El tejido nervioso, los vasos sanguíneos y las meninges se desgarran y se rompen, lo que ocasiona la aparición de interrupciones nerviosas, isquemia o hemorragias intracerebrales y extracerebrales y edemas. Pero en nuestro caso, por alguna razón incomprensible, el escáner no ha mostrado ningún daño, salvo este edema que oprime la zona occipital y que se está resorbiendo rápidamente.

Valérie se quedó callada esperando la respuesta a su pregunta.

—Cuando se despierte no debería tener ninguna secuela. Pero no lo puedo asegurar, está clasificado con un cuadro grave y el cerebro sigue siendo un gran misterio para nosotros. Por otra parte, tiene múltiples traumatismos en el resto del cuerpo, creo recordar que cuatro costillas quebradas, desplazamiento de la segunda cervical y de la quinta lumbar, pero la médula no está afectada. Esta tarde viene el osteópata y decidirá si se puede colocar o si esperamos para una intervención. Es preferible no pasar por quirófano mientras el TCE no esté resuelto.

—De acuerdo, voy a llamar a los demás para turnarnos.

—Bien, en cuanto termine sus llamadas la llevo a su lado.

—¿Y qué tengo que hacer?

—No existen recetas milagrosas, cójale la mano y cuéntele lo que quiera. Otra cosa, en esta fase pueden mover los dedos, o cualquier parte del cuerpo, es normal.

¿Te ha gustado y quieres leer más?

No lo dudes encuéntralo en:

viewBook.at/El-Ladron-de-centimos

...

Muchas gracias.